

Para ello construye su cuadro con las formas objetivas y aparentes que ven sus pupilas. Ahora bien, la originalidad de su pintura estriba en despedazar estas imágenes y reconstruirlas después, como si fuera un *puzzle*, en un desorden aparente y trastocado. No es, por lo tanto, un superrealista, como se ha dicho, sino un pintor de imágenes simultáneas, que tratan de expresar el pensamiento del pintor.

Ello no empece que Campos deje ver en sus creaciones vagos elementos superrealistas. Utiliza las superficies en fuga, objetos truncados, imágenes sucesivas y *dobles*. Pero insistamos, su meta está en otra dirección.

No es tampoco dramático. En cambio sabe mostrarse extraordinariamente decorativo, a tal punto que a veces cae en el sintetismo escenográfico.

Su paleta es bastante restringida. Suele no valorizar ni modular el color. Da la sensación de profundidad y de relieve en las cosas por medio de un sombreado elemental muy acentuado.

Exposición Herrera Guevara

Es casi cierto que Herrera Guevara es el único pintor que provoca airadas discusiones entre los contempladores de sus obras: hacia su pintura van, pues, los más extraños y antagónicos apelativos. Ello no es raro, por cuanto el autor de *El Dorso de Eulalia* representa en el arte chileno un caso único.

Es indudable que la falta de los más elementales soportes técnicos impide, en casi todos los casos, la eclosión y el desarrollo de un artista. Sin dibujo, sin el conocimiento a fondo de la perspectiva y de la composición, de las leyes que rigen el color, sin el lento elaborar fervoroso, parece difícil la creación de una sola obra de arte. Pero hay excepciones confirmatorias, tal vez, de la regla. El caso de un Henri Rousseau o de un Pedro Figari, son evidentes.

Luis Herrera Guevara es un pintor cuyo único elemento creador reside en su instinto; pinta con la espontaneidad del que da suelta a sus impulsos más entrañables. Infantilismo, emoción patológica, expresión esquizofrénica, *adanismo*, extraños complejos sexuales, todo esto y tal vez algo más parece mezclarse en sus telas, en singular batiburillo.

Es el suyo un caso interesante no sólo para el crítico de arte, sino para el psicoanalista. La repetición de los motivos decorativos, entre los cuales destacan los círculos, las elipses, las líneas onduladas, los puntos, nos hace pensar en el impresionismo patológico que se ha observado en ciertos alienados precoces. Su pintura es plana, en una exacerbación de lo bidimensional. Envuelve a las figuras en un enérgico arabesco oscuro que las recorta sobre un fondo, de admirable entonación armónica. Muchas de sus intenciones simbólicas quedan algunas veces ocultas en la obscuridad de su pensamiento creador. Por ejemplo, el significado de aquellas agujas que salen del contorno de uno de sus desnudos. Confesemos que el colorido mestizo de ese mismo desnudo, es tal vez uno de los mejores trozos vistos por su calidad en la carnación.

Herrera Guevara emplea el *tono local*. No conoce las variaciones que la luz imprime en el cromatismo de las cosas. Desconoce ese *áurea atmosférica* que envuelve a los objetos. Su colorido es crudo y dado en grandes manchas yuxtapuestas. No modela ni introduce la perspectiva. Empero, ello no le impide el hallazgo de extrañas y ricas armonías de color. Sus amarillos y azules son de gran belleza.

En los ojos de sus mujeres pone a veces inquietantes remembranzas. Hay en estas mujeres un aire vago de Museo Gravin. Figuras de cera o tipos de cartelón de feria, en los cuadros de este pintor parece asomar el alma inquieta de su autor.